

Quizá no sea exagerado decir que la antropología es uno de los emblemas del siglo XX, de sus sueños y contradicciones. Como tal, la disciplina ha visto aparecer y desaparecer las más diversas corrientes, que difieren tanto en la forma en que piensan la realidad, como en la ética que rige el trabajo antropológico. Para dar un solo ejemplo de los proyectos opuestos que han emanado en su seno, que el lector fácilmente podrá multiplicar, cierta antropología justificó el colonialismo -recordemos a Malinowski-, pero también generó perspectivas que vaticinaron y alentaron a los movimientos de liberación nacional.

En el plano científico, su historia también resume la lucha entre los rigores de las ciencias duras -la antropología molecular es uno de sus últimos exponentes- y la libertad de imaginación, casi ensayística en el sentido de Montaigne, que demanda el pensar-nos: ese ejercicio que significa reflexionar lo humano, a ese Otro a veces tan cercano y a veces tan lejano. Desde la mirada de un historiador, pareciera que la trayectoria de la antropología fuera pendular: unas veces cargada hacia una suerte de empirismo metódico, y otras hacia una pesquisa de corte filosófico.

México ha sido mucho más que un testigo en este singular vaivén de paradigmas: es un protagonista clave. Aunque encontramos diferencias en los principios teóricos y metodológicos -rastreables incluso en las obras de sus primeros autores, como Manuel Gamio y Moisés Saenz-, podemos hablar de un canon, de una escuela del pensamiento que es conocida internacionalmente como antropología mexicana. Más que un claro sistema axiomático, me parece que con ese nombre se reconoce una forma en que la disciplina es ejercida, una ética y una vocación: cualquiera que sea la corriente en boga, en los trabajos de la antropología mexicana encontraremos por lo general un nudo esencial entre el saber especializado y la práctica social.

Si bien nueve años no son muchos, la fortuna quiso que en su corta vida *Diario de Campo* haya presenciado el cambio de siglo y de milenio, convirtiéndolo en un mirador privilegiado desde dónde conocer la recomposición del pensamiento y la praxis antropológica. Bastión de la antropología mexicana, escaparate de las nuevas formas de ejercer la disciplina, centro de la controversia finisecular, son todos ellos atributos que han convertido a *Diario de Campo* en un eslabón clave para comprender la realidad nacional.

Quise ponderar en primer lugar sus bondades, la importancia nodal que para el gremio tiene la revista, pues considero que, sin escatimar sus aspectos positivos, los albores de su primera década son el momento propicio para realizar una autocrítica e imaginarnos el perfil que este órgano de divulgación deberá tener en los próximos años.

En este sentido, hago un llamado a la comunidad científica del Instituto Nacional de Antropología e Historia para que discutamos fraternalmente, con rigor e imaginación, el papel y características deseables en nuestras publicaciones periódicas. Ellas son herederas de una noble tradición del pensamiento, y su aparición cotidiana requiere de enormes esfuerzos de nuestros profesionales. Sin embargo, no todas cumplen los requisitos que se esperan en una revista académica; doy sólo unos cuantos ejemplos: en ocasiones los artículos no están dictaminados por lo que su publicación no se traduce en estímulos para el investigador; en otros, la periodicidad del órgano es fugaz o errática; en otras la calidad editorial -su cuidado y diseño- demerita el trabajo que académicos y divulgadores pusieron en escribir el artículo.

Un aniversario es momento propicio para la celebración, pero también para planear cómo deseamos construir el futuro. Aprovechemos pues, estos primeros nueve años de *Diario de Campo* para iniciar el debate necesario sobre cómo mejorar las revistas especializadas y de divulgación, de tal forma que ellas sean un digno reflejo de la altísima calidad académica desarrollada en nuestras escuelas y centros de investigación. Me parece que no hay mejor forma para conmemorar un cumpleaños.

Embajador Alfonso de María y Campos
Director General
Instituto Nacional de Antropología e Historia

